

Sergio Magaña escribió una pieza teatral a la que tituló *Los motivos del lobo*, como el célebre poema de Rubén Darío, y el autor mexicano, como el protagonista del poema, es un “varón que tiene corazón de lis, alma de querube y lengua celestial”. Y por ser tan bueno como el santo de Asís, y tener su paciencia y amor hacia el hermano hombre, he permitido que su pieza sea destrozada, mutilada, cambiada, mal dirigida, mal iluminada, mal vestida y mal actuada. Y consciente de ello, se dejó ver entre los asistentes la noche del estreno con un aire de humildad y de sacrificio que lo hacían a los ojos de los demás aparecer como un mártir que sonríe y perdona a sus verdugos momentos antes de ser arrojado a los leones. ¡Pobre hermano Sergio! Ha sido víctima siempre de sus enemigos los propios hermanos directores, hermanos empresarios y hermanos actores. Debe recordarse aquella puesta en escena de su comedia musical *Rentas congeladas*, en la que más de cuarenta elementos, del empresario al último bailarín, se confabularon para hacer de ella el peor desastre de que se tenga memoria en los anales del teatro mexicano. Después, hace apenas unas semanas, cayó en las garras de Alexandro y su *Moctezuma II* pareció, más que una obra de teatro, una etiqueta de cerveza. Su pequeña y deliciosa farsa *Ensayando a Molière*, fue pisoteada por un grupo de aficionados que recorría impunemente los parques públicos. Otra obra suya, *El caso de Jorge Lívido*, fue el Guernica de Manolo Fábregas para demostrar que el teatro mexicano no servía. Y ahora *Los motivos del lobo*, que con toda mansedumbre entregó a la Gran Temporada del Teatro Mexicano para celebrar las Olimpiadas, ha sido hecha pedazos.

Hay mala fe en esto, porque no encuentro otra explicación lógica; Juan José Gurrola no es ningún tonto, y ha demostrado su inteligencia incontables veces. ¿Por qué entonces mutilar la obra, dirigirla con verdadero “pitorreo”, descuidar detalles elementales y presentarla a fuerza de distorsionarla como una pésima producción mexicana? Y por otra parte, ¿qué sucede en el Seguro Social, organismo encargado de presentar esa temporada de

teatro nacional dentro de las Olimpiadas Culturales, que sólo elige piezas destinadas al fracaso? ¿Por qué esa conjura y quién la dirige?

Estoy cierto que *Los motivos del lobo* con otra dirección y otras actuaciones, podría haber hecho un buen papel y aspirar a lo menos a una medalla de bronce dentro de las Olimpiadas Culturales. Pero Gurrola no lo quiso así, ignoro por qué sórdidos motivos. Comenzó por diseñar una escenografía en la que se acortaba él mismo más de las tres cuartas partes del escenario para mover a sus actores. Eligió luego tres, sólo tres muebles, los más feos y los más estorbosos que pudo encontrar, para que taparan constantemente a los actores. Luego cortó escenas completas, y hasta, según fui informado por “fuentes allegadas”, reescribió otras. Después, ya en el colmo del cinismo y mostrando obviamente que forma parte importante de la conjura de que hablaba antes, contrató a una señora que es muy bella y muy elegante, pero que a pesar de su buena voluntad y amor por el teatro, no ha sido jamás correspondida por éste, porque no tiene posibilidad alguna de llegar a ser actriz, y le dio a cargar sobre sus hombros todo el peso de esta obra difícil y complicada. Y remató su hazaña sumiendo la escena en una penumbra como de cine de barrio, quizá como un tardío arrepentimiento y con un frustrado deseo de que el público no se enterase bien a bien del desastre que había fraguado. Que el teatro mexicano y las sombras de Gorostiza, Calderón, Rodríguez Galván, Peón Contreras, Sor Juana Inés de la Cruz, Juan Ruiz de Alarcón, Federico Gamboa y Xavier Villaurrutia, y los cuerpos presentes de Rodolfo Usigli, Salvador Novo, Emilio Carballido, Hugo Argüelles y el propio Sergio Magaña, demanden a Gurrola ante el Alto Tribunal de Talía por el atentado que acaba de perpetrar. A un tonto se le pueden perdonar sus tonterías; a un inteligente se le exige inteligencia, nunca mala fe.

Perdóneme la señora Beatriz Baz si jamás ha logrado convencerme como actriz. Sus tonos, sus ademanes, sus gesticulaciones, me parecen siempre tan falsos, tan estudiados, tan “quiero y no puedo”, que me obligan a decir lo que siento. En este papel de señora encerrada durante catorce años en una casa, con ataques de histeria y con síntomas de locura contagiada del marido, la

señora Baz se cuelga de las cortinas, hace desesperados gestos de estrella del cine mudo, se desgarró la garganta y se ahoga su propia voz en sollozos y gemidos que no convencen ni proyectan nada. Parece una Llorona de los años cuarenta lamentando la suerte de sus hijos encerrados, emparedados vivos. Gran parte de culpa la tiene la dirección, claro, como la tiene al permitirle maquillarse como lo hacen las señoras en 1968, ni siquiera en 1955, que también sería falso puesto que el personaje lleva quince años sin salir de su casa ni ver el mundo exterior. Aarón Hernán, en cambio, fue dirigido en contraste con el desbordamiento de la señora Baz, y aparece apagado, gris, triste, a pesar de ser el causante de la tragedia. Sin embargo, su actuación convence y llega el espectador a creerle lo que está haciendo, lo mismo que a José Luis Castañeda y a Dunia Saldívar, un proyecto excelente de actriz joven. Lola Beristáin bien, aunque dirigida mal, también a lo grotesco, a lo obvio: ¿por qué una prostituta ha de masticar chicle las veinticuatro horas del día? Detalle de dirección digno de Juan Orol.

El mínimo y dulce Sergio Magaña no dijo nada; miró el teatro con profunda mirada y partió con lágrimas y con desconsuelos, y el viento del bosque llevó su oración que era: “Nada se puede contra las conjuras.”

22 de septiembre de 1968

MEDUSA O LA OSCURIDAD ESCÉNICA

Lo más importante de decir en una crónica teatral acerca de la tragicomedia *Medusa*, original de Emilio Carballido, es que es lo mejor que el teatro mexicano ha aportado a la Olimpiada Cultural. Todo cuanto se diga luego son ya minucias, interesantes o no, pero minucias al fin y al cabo. Por ejemplo, se puede decir que la obra le quedó grande al director, a los actores y al escenógrafo, pero a pesar de ello se consiguió un buen espectáculo. Y es que la *Medusa* de Carballido es una obra difícil, como todas las obras de arte, y no está al alcance de cualquiera, así sea José